11708

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

¡VALIENTE AMIGO!

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MARIANO PINA DOMINGUEZ.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1875.



¡VALIENTE AMIGO!

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MARIANO PINA DOMINGUEZ.

Representado por primera vez en Madrid, en el Teatro de la COMEDIA, el 5 de Octubre de 1875.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
CORINA	SRAS. FERNANDEZ.
AMELIA	VALVERDE.
ROSA	BALLESTEROS.
LUCIANA	MORERA.
RAMON	SRES. MARIO.
CASIMIRO	BALLESTEROS.
ERNESTO	ZAMACOIS.
FELIZ	SANCHEZ DE LEON.
ANATOLIO	VIÑAS.

La accion en Madrid: época actual.

Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante.—Dobles puertas laterales y una al foro.—Piano á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

AMELIA, LUCIANA, FELIZ.

Aquellas sentadas, una á cada lado, leyendo ó cosiendo. Á poco de levantarse el telon aparece Feliz por el foro.

FELIZ. ¿Se puede?

LUCIANA. ¡Feliz! (Se levanta.)

FELIZ. ¡Alma de mi alma!... ¡Señora!... (Saludando á Amelia.)

AMELIA. Beso á usted la mano.

FELIZ. Y bien! ¿En qué quedamos? La pido ó nó la pido? (Señalando á Luciana.) ¿Han preparado ustedes á su padre? Advierto á ustedes que voy á dar un estallido de impaciencia.

AMELIA. (Levantándose.) ¡No estalle usted aún, caballero!

FELIZ. Usted no puede figurarse la fuerza de mi pasion! Yo amo á su hija de usted con locura; usted, que es su madre...

AMELIA. Su madrastra; hable usted con exactitud.

FELIZ. Usted, que es su madrastra, conoce hace tiempo mi

673561

amor y le aprueba... porque usted le aprueba! Oh! Sí! Usted le aprueba. ¿Le aprueba usted?

AMELIA. Sí, hombre, sí! (¡Ay, qué taravilla!)

FELIZ. ¡¡Ella le aprueba!! Pero su padre no sé si le aprueba, y hace mucho tiempo que deseo hacer la prueba, pero usted no lo aprueba y hoy vengo á ver si al fin lo aprueba.

AMELIA. (Este puber me produce el efecto de un caballo desbocado.)

FELIZ. Hable usted en nombre de mi amor.

AMELIA. Mi marido tiene, como ya he dicho á usted, un carácter muy propíncuo.

FELIZ. Eh?

AMELIA. Muy original. Basta que yo diga negro, para que él diga blanco...

FELIZ. Y que usted diga blanco para que él diga negro. En los matrimonios eso se ve todos los dias.

AMELIA. Por lo mismo empecé hablándole de usted pestes.

FELIZ. Comprendo! Para que él oliese bien...

AMELIA. Y por oponerme á la boda de usted con Luciana.

FELIZ. ¡Justo! Para que él no se opusiera!

AMELIA. Que es precisamente lo que ha ocurrido.

FELIZ. ¡Cielos! ¿Conque él aprueba? ¿Aprueba tambien? ¿Al fin aprueba?

AMELIA. Sólo falta que pida usted su mano con charreteras.

FELIZ. Cómo?

AMELIA. Hombre! oficialmente.

FELIZ. Hoy, ahora, en este instante!... (Abrazando á Amelia.) ¡Luciana mia! (Id. á Luciana.) ¡Madrastra de ella!

AMELIA. Eh! Poco á poco! ¡Jesús, qué torbellino! Vuelva usted dentro de un rato. Mi marido tiene hoy dilatado el pericardio.

FELIZ. Cómo?

AMELIA. Que está muy contento, quiero decir!

FELIZ. ¡Y yo tambien! ¡Qué felicidad! Diga usted, ¿y por qué está contento?

AMELIA. Porque acaba de llegar de allende los líquidos un am

suyo de la infancia á quien no había visto hacía muchos años, y al cual hospitalamos en casa por unos dias.

FELIZ. ¡Basta, señora! Dentro de diez minutos tendré el honor de pedir su mano oficialmente. (Á Luciana.) ¡Luciana! Pronto serás mi esposa! En breve quedaremos tan unidos como las ostras!

AMELIA. (Vaya una comparacion ordinaria!)

FELIZ. ¿Te alegra esa esperanza?

LUCIANA. ¡Ay! Mucho! Yo quiero ser una ostra!

AMELIA. ¡Niña! ¡No seas marisca! Dispénsela usted. Ella carece de autonomía para expresarse.

FELIZ. Hasta luégo. (Váse por el foro.)

ESCENA II.

AMELIA, LUCIANA, despues ROSA, por la segunda puerta izquierda.

LUCIANA. Conque usted cree que consentirá mi papá?

AMELIA. No tengo duda.

ROSA. Pues que sea enhorabuena, señorita.

AMELIA. ¿Estabas ahí, Rosa?

ROSA. ¡Como me intereso tanto por ella!...

AMELIA. Ya lo sé. Tú eres su hermana de lactancia y nunca te separaste de su lado.

ROSA. Ni me separaré jamás!

LUCIANA. Pobre Rosa!

ROSA. Por usted hago en esta casa las veces de doncella y sacrifico toda mi ventura.

LUCIANA. Es verdad.

ROSA. Ya sabe usted que me casé secretamente porque el señorito no quería doncellas casadas, y me hubiese plantado en la calle. Mi esposo consintió en vivir en la guardilla, separado de mí hasta sabe Dios cuándo!

LUCIANA. No importa! Él viene aquí diariamente. Ambas convinimos en nombrarle afinador de piano.

ROSA. El cual desarregla todos los dias.

AMELIA. No tengas cuidado! Tu situacion sufrirá en breve una metamórfosis. Te prometo que me destilaré muy pron–

to con mi esposo.

ROSA. ¿Qué dice usted?

AMELIA. Que le hablaré claro.

LUCIANA. (Qué manía de usar frases extravagantes!)

ROSA. Me alegro! Es necesario decírselo todo. Así como así, mi hijo no puede permanecer mucho tiempo en poder del ama. Todos los dias me avisa que va á traerle...

LUCIANA. ¿De veras? Cuánta gana tengo de volverle á ver!...

ROSA. ¡Si viese usted cómo se parece á su padre!...

AMELIA. Silencio! ¡Mi esposo y su amigo!...

ROSA. Despues hablaremos.

AMELIA. Ven, hija mia! (Vánse primera izquierda.)

ESCENA III.

CASIMIRO, RAMON, por el foro.

CASIMIRO. Adelante, hombre, adelante. Ya te he dicho que estás en tu casa. Que aquí eres el amo.

RAMON. Gracias, querido Casimiro.

CASIMIRO. Vamos á ver, con franqueza. ¿Qué te parece mi mujer? ¿Qué te parece mi hija?

RAMON. Adorables! Repito que no te las mereces. Cuidado que yo no soy malicioso ni acostumbro nunca á sospechar nada malo, bien lo sabes... pues me figuro que no te las mereces.

CASIMIRO. Pero por qué, hombre?

RAMON. ¡Pchst! ¡Cuidado que no soy malicioso! Mas juraría que tu esposa te trata con alguna severidad.

CASIMIRO. Al contrario! Mi mujer me ama, mi hija me adora! ¡Soy un hombre feliz!

RAMON. Feliz? Entónces huye del peligro! Aléjate del precipicio! No enredes la madeja de tu existencia! Y si el destino, siempre caprichoso, te arrastra al borde del abismo, confíate á mí, ábreme tu corazon! Yo te salvaré de todos los peligros!

CASIMIRO. ¡Bah!

RAMON. Yo soy un hombre recto y virtuoso, incapaz de calum-

niar á nadie ni de mezclarme en enredo alguno, pero por tí perdería la vida si necesario fuese. Yo he de velar siempre por tu tranquilidad y siempre he de procurar tu dicha, porque soy uno de esos amigos verdaderos, de los cuales, por desgracia, van quedando muy pocos.

CASIMIRO. Deja que te abrace, Ramon! ¡Me has conmovido!

RAMON. ¡Los amigos! ¡Oh! Si fuesen todos como yo, cuántas lágrimas se evitarían!...

ESCENA IV.

DICHOS, ANATOLIO, por el foro.

ANATOL. Felices.

RAMON. (Quién es este?

CASIMIRO. Es el afinador del piano. Un pobre chico.

RAMON. No hay que fiarse. Mucho cuidado con la gente que frecuente tu casa.

CASIMIRO. Este es incapaz de abusar en lo más mínimo.) (Anatolio se ocupa en afinar el piano, que suena cada vez más desafinado.)

ANATOL. (Observando á Ramon.) (Aquel debe ser el amigo recien llegado, segun me ha dicho mi mujer.)

RAMON. ¿Y dices que es el afinador? ¡Pues me gusta la armonía!

CASIMIRO. Vámonos á mi cuarto.

RAMON. Ántes voy á escribir unas cartas.

CASIMIRO. Entónces por allí. Cuando termines no olvides que te aguardo. (Váse por la izquierda.)

RAMON. (Mirando á Anatolio.) (El afinador, eh?—Si uno fuese malicioso creería que no afinaba.) (Váse por la segunda puerta derecha.)

ESCENA V.

ANATOLIO, luégo LUCIANA.

ANATOL. (Dejando el piano.) Cuándo acabarán los sustos? Verme obligado á fingir un arte del cual no tengo idea, con el

único fin de ver á mi mujer. ¿Por qué hemos de vivir así? (Pegando puñetazos en el piano.) ¿Por qué no hemos de declarar nuestro matrimonio? ¿Por qué he de seguir afinando este piano?

LUCIANA. ¿Está usted loco? ¿Qué hace usted?

ANATOL. Estoy poniendo en música mis sentimientos.

LUCIANA. Vamos, no se aflija usted. Todo se arreglará.

ANATOL. Es que yo me casé para vivir con Rosa, y sólo la veo los domingos en la guardilla.

LUCIANA. Pero bien; eso sucede desde que regresó mi padre de su largo viaje al extranjero; desde hace dos meses.

ANATOL. Es cierto: durante su ausencia vino al mundo nuestro hijo, nuestro pequeño Adolfo.

LUCIANA. Me ha dicho Rosa que tal vez lo traiga la nodriza.

ANATOL. Precisamente me escribe desde Carabanchel, anunciándome que llega hoy mismo. Por eso necesito hablar con Rosa. Figúrese usted! Si el ama me deja solo con el muchacho .. ¡Un niño de seis meses!... ¡Cómo me las compongo!

LUCIANA. Y si yo le dijese á usted que hoy mismo lo sabrá todo mi padre?

ANATOL. ¿Será posible?

LUCIANA. Hoy debe decidirse mi boda, y en cuanto se verifique podrá usted aclarar el misterio.

ANATOL. Y si su papá de usted se atufa, y arroja á mi mujer de la casa?

LUCIANA. Como yo tendré la mia, está segura la retirada.

ANATOL. Oh! Gracias, bellísima Luciana! Es usted nuestro ángel, nuestra providencia. Permítame usted que le dé una prueba de mi agradecimiento. (La besa la mano. Ramon sale al mismo tiempo y se detiene.)

RAMON. (¡Qué veo!)

LUCIANA. Bien, bien; prudencia y calma! Por ahora que nadie sepa nada.

RAMON. Soy una tumba. (Váse foro.)

LUCIANA. Adios. (Váse por la izquierda.)

ESCENA VI.

RAMON, luégo CASIMIRO

RAMON. ¡Cuando dije que el afinador me daba mala espina! ¿Qué tal, eh? Introducirse en la casa para seducir á una jóven! Yo no soy malicioso, pero ante los hechos ¿quién puede dudar? Por fortuna estoy decidido á velar por la dicha de Casimiro.

CASIMIRO. (Muy agitado.) Ramon, estás ahí? Me alegro.

RAMON. Qué ocurre? Qué agitacion es esa?

CASIMIRO. Hace un momento me ofrecías tu ayuda y tu amistad, ¿no es cierto? Pues bien: ahora tengo necesidad de tu amistad y de tu ayuda.

RAMON. Habla.

CASIMIRO. Ramon, he caido en el abismo.

RAMON. Tú?

CASIMIRO. Ramon! ¡Soy hombre al agua!

RAMON. Explícate.

CASIMIRO. Toma y lee! Número uno. (Le da una carta.)

RAMON. (Leyendo.) «Pichon: Parece mentira que haya sortijas »de diamantes por cuarenta duros en casa de Samper. »Tu pichona, Corina.»

CASIMIRO. Número dos. (Le da otra carta.)

RAMON. (Id.) «Pichon: Parece mentira que haya pendientes de »esmeraldas por setenta duros en casa de Samper. Tu »pichona, Corina.»

CASIMIRO. Número tres: acabo de recibirla.

RAMON. (Id.) «Pichon: Parece mentira...»

CASIMIRO. Etcétera! Ya sabes la fórmula! Solo que ahora son cien duros.

RAMON. No comprendo.

CASIMIRO. ¿No comprendes? Tu pichona, Corina!

RAMON. ¡Ah!

CASIMIRO. Sí! Ella es la pichona y yo...

RAMON. El pichon?

CASIMIRO. El pichon que paga!

RAMON. Ya! Un pichon sin pechuga! Me lo figuré.

CASIMIRO. He sido frágil! Pero si la vieses me disculparías!

RAMON. Á quién?

CASIMIRO. Á la pichona. Tiene un buche!

RAMON. Cómo un buche?

CASIMIRO. Una garganta! Es modista por todo lo alto!

RAMON. ¿El buche?

CASIMIRO. No! La pichona.

RAMON. Bien! La pichona del buche!

CASIMIRO. La ví, la hablé y caí á sus plantas como debió caer Romeo á las de Julieta.

RAMON. Basta! Ya adivino el resto. Has olvidado tu fe y tus juramentos! Has olvidado á tu mujer, á tu hija.

CASIMIRO. Permíteme!...

RAMON. (Sin dejarle hablar.) Y en los fogonazos de una llama adúltera has prometido el oro y el moro, móntes de rubíes y arroyos de brillantes!

CASIMIRO. Escúchame.

RAMON. Tu mujer sabrá dentro de poco tan escandalosa historia, pero yo te salvaré. Yo diré á tu esposa que has estado loco, que te arrepientes, que lloras, que has perdido el apetito y el sueño, que has querido suicidarte y que yo te arranqué de la mano el arma fatal!

CASIMIRO. ¡Calla, maldito! (Tapándole la boca.)

RAMON. No hay excusa que te justifique.

CASIMIRO. Sí! Hay excusa! Ella me ama.

RAMON. ¿Ella?

CASIMIRO. Me idolatra!

RAMON. Con esa cara de niño lloron? ¡Imposible!

CASIMIRO. Esto precisamente es lo que va á perderme. Corina sabe que estoy casado y pretende vengarse!

RAMON. No temas! Yo me encargo de arreglarlo todo. Buscaré un medio, mi amistad me inspirará; velaré por tu honor, por el de tu mujer, por el de tu hija... Y apropósito, dime, ¿tu hija tiene amores con álguien?

CASIMIRO. Sí.

RAMON. Y conoces tú á ese álguien?

CASIMIRO. Ciertamente.
RAMON. Y apruebas la eleccion?
CASIMIRO. Ya lo creo.
RAMON. Bueno! Allá tú!... Sin embargo, me parece que podía aspirar á mejor partido.
CASIMIRO. Á mejor partido?
RAMON. Sí, hombre, sí! Ese jóven será muy honrado y muy bueno, pero convendrás conmigo en que un afinador de pianos no tiene gran porvenir.
CASIMIRO. ¿Un afinador? Pero si el novio de mi hija no es afinador.
RAMON. Cómo que no?
CASIMIRO. No señor! Feliz Miriñaque, abogado.
RAMON. ¿Miriñaque? (Qué intriga tan horrible!)
CASIMIRO. Yo empecé por negarme á esa boda; pero como tanto se opone mi mujer, concluí por acceder á ello.
RAMON. Ah! ¿Se opone tu mujer?
CASIMIRO. No puede ver á Feliz ni en pintura.
RAMON. ¿Dice eso tu mujer? ¡Todo me lo explico! ¡Pobre amigo mio!
CASIMIRO. Qué pasa?
RAMON. Nada! Está tranquilo! Tu honor, Casimiro, es mi honor. Yo velaré sin descanso.
CASIMIRO. Explícate.
RAMON. No, no! No me interrogues!
CASIMIRO. ¡Canario! Me interesa saber...
RAMON. Más tarde! ¡Pobre amigo mio! Más tarde!
CASIMIRO. ¡Y dale! Ahora, quiero saberlo ahora.
RAMON. Te empeñas?
CASIMIRO. Lo exijo.
RAMON. Pues bien! Ya sabes que no soy malicioso; pero si no estuviese aquí, dentro de ocho dias tu casa se habría convertido en otra torre de Babel.
CASIMIRO. ¡Cáspita!
RAMON. ¡Qué dédalo, gran Dios, qué dédalo!... Escucha. ¿Tú crees que Luciana quiere casarse con ese Miriñaque?
CASIMIRO. Sin duda!

RAMON. Pues bien, no es cierto. Tu hija ama al afinador que entró aquí hace poco.

CASIMIRO. ¡Imposible!

RAMON. Yo mismo le he sorprendido cubriendo sus manos de besos.

CASIMIRO. Tú?

RAMON. Yo!

CASIMIRO. Pero y Feliz?

RAMON. ¿Feliz?... ¿No lo adivinas? ¿No adivinas de quién es amado?

CASIMIRO. De quién?

RAMON. De tu mujer.

CASIMIRO. ¡Cuerno! Eso no es verdad.

RAMON. Y entónces, ¿por qué razon se opone tu mujer á ese matrimonio? Yo no soy malicioso, pero hay cosas que saltan á la vista.

CASIMIRO. ¡Cielos! Y yo que ignoraba todo eso!

RAMON. Y me aseguró que vivía feliz!

CASIMIRO. ¿Cómo que no sabía nada!

RAMON. Pues yo lo he visto todo, porque tengo dos ojos como dos barreños!

CASIMIRO. ¡Me engañaba! ¡Una mujer á quien doy todos los gustos que quiere!

RAMON. Precisamente por eso!

CASIMIRO. ¡Ah infame!

RAMON. Al afinador le plantaremos en la calle, y en cuanto al Miriñaque de tu mujer, le haremos salir de España.

CASIMIRO. ¡Mi mujer! El miriñaque! ¡Mi hija! Mi pichona!... ¡Gran Dios! yo me vuelvo loco!

RAMON. (¡Y me aseguraba que era feliz!) ¡Casimiro! tu honor es el mio. Déjame á mí arreglarlo todo. (Feliz aparece por el foro.)

CASIMIRO. Oh! Él es!

RAMON. Quién?

CASIMIRO. El preferido de mi mujer. ¡Voy á estrangularlo!...

RAMON. ¡Calma!

FELIZ. (Segun me dijo mi futura suegra, don Casimiro está

hoy muy contento.) Señores, tengo el honor de...

CASIMIRO. (Volviéndose furioso.) ¡Basta!

FELIZ. (Asustado.) ¡Diablo!

CASIMIRO. Mi amigo Ramon le contestará á usted. (Váse por la izquierda.)

ESCENA VII.

FELIZ, RAMON.

FELIZ. (Pues no hay duda que estaba contento.) Caballero, podré saber por qué me recibe don Casimiro de ese modo tan brusco?

RAMON. (Despues de mirar á todos lados.) El esposo, el padre cuyo honor se ve amenazado, tienen derecho á nuestro respeto.

FELIZ. (Sin comprender.) ¿Y qué?

RAMON. Introducirse en el seno de una familia honrada para sembrar en ella la discordia, es una falta indigna.

FELIZ. ¿Y qué?

RAMON. Cómo y qué?

FELIZ. ¡Justo! Y qué!

RAMON. Con franqueza! ¿Sabía usted ya que ella se inclinaba hácia usted?

FELIZ. Luciana?

RAMON. No! su madre.

FELIZ. Cómo su madre?

RAMON. Responda usted. ¿Sabía usted que su madre se inclinaba...

FELIZ. Diré á usted. Yo creí que su madre se oponía á la boda; pero Luciana me ha dicho en confianza que me quiere más de lo que yo creo!

RAMON. ¿Luciana ha dicho eso?

FELIZ. Sí señor.

RAMON. ¡Esto está claro como la luz! Ambas mujeres se entienden.

FELIZ. Qué dice usted?

RAMON. La hija sabe que este hombre es amado por su madre,

y la madre no ignora que la hija ama al afinador.

FELIZ. ¿Al afinador? Por eso hablan en secreto algunas veces!

RAMON. Sí señor! Tengo la prueba.

FELIZ. ¡Ah infame! ¡Me engañaba!

RAMON. Pero yo estoy aquí para arreglarlo todo!

FELIZ. ¡Le voy á matar!

RAMON. No! Aún es tiempo de cortar el mal de raíz. Es preciso que salga usted de Madrid.

FELIZ. Yo?

RAMON. Sí señor!

FELIZ. Y dónde me voy?

RAMON. Á cualquier parte de sus alrededores; á Constantinopla por ejemplo.

FELIZ. Para qué?

RAMON. Para poner tierra de por medio entre usted y esa desgraciada.

FELIZ. Luciana?

RAMON. No! La otra!

FELIZ. Pero quién es la otra? Yo no entiendo una palabra.

RAMON. ¡No he visto un Miriñaque más cerrado de mollera! Pues no lo oye usted? No oye usted que la esposa de Casimiro le ama?

FELIZ. Á mí?

RAMON. No sabe usted que por eso se opone al matrimonio?

FELIZ. ¡Dios mio! Se ha enamorado de mí? ¿Por qué nacería yo tan bello?

RAMON. (Qué atrocidad! Y parece un molinillo de chocolatera!)

FELIZ. Sin embargo, si en vez de partir hallase usted otro medio...

RAMON. Yo buscaré, jóven, yo buscaré, lo prometo. Pero entre tanto váyase usted á Constantinopla; eso está un paso.

FELIZ. Adios, caballero! Volveré ántes de mi marcha.

RAMON. Adios, y no olvíde usted nunca que yo he sido su salvador.

FELIZ. No lo olvidaré! (Váse por el foro.)

ESCENA VIII.

RAMON, luégo CORINA.

RAMON. ¡Qué pocos amigos hay como yo en el mundo! ¡Sacrificarme por devolver la dicha á una familia á quien apenas conozco!...

CORINA. Buenos dias, caballero. (Se sienta.)

RAMON. ¡Siéntese usted!

CORINA. ¡Ay qué sofocacion! Lo ménos he subido ochenta y nueve quilos de escalera. (Haciéndose aire con un gran abanico.)

RAMON. (Quién será ésta.)

CORINA. (Levantándose.) Pero estoy decidida, sí señor! Porque yo ne aguanto mucho, y soy una jóven incólume... es un decir, sabe usted? Porque si se ha figurado que va á quedar riendo, ya baja!... ¡Ay qué sofocacion, Dios mio!

RAMON. Pero en fin, quién es usted?

CORINA. Que quién soy yo? ¡No me lo pregunte usted!... ¡Pero sí! (Dando con el abanico cerrado contra el vientre de Ramon.) Voy á decirlo! Soy un alma ofendida que vaga por el espacio de su quebranto; un corazon herido que late á los ochenta sobre cero; un suspiro, un hálito, la esencia de un quejido de amor. ¡Esa soy yo!

RAMON. La esencia? (Vamos, será bergamota.)

CORINA. Dulce hasta el arrope si se me mima; agria hasta el limon si se me contraría; amarga hasta el acíbar si se me engaña. Esa soy yo!

RAMON. (Una droguería andando.)

CORINA. Y como me han engañado, y como han abusado de mi natural candor, y como me han querido dar gato por liebre, he subido hasta aquí en alas de mi venganza sin miedo á nada ni á nadie, porque... en fin, esa soy yo! ¡Ay qué sofocacion, Dios mio!

RAMON. Cielos! No hay duda! Usted es la del buche?

CORINA. Cómo la del buche?

RAMON. La pichona! ¡Corina!

CORINA. Justo! Corina Botafuegos, servidora de usted!

RAMON. (Gran Dios, qué compromiso!)

CORINA. Sabe usted á lo que vengo?

RAMON. Á qué?

CORINA. Pues vengo á tirar á Casimiro por la ventana.

RAMON. Hombre! já, já! Vaya un capricho!

CORINA. Y si usted se opone lo tiro tambien.

RAMON. (Demonio!)

CORINA. Es un decir, sabe usted...

RAMON. Pero es un decir muy gordo!

CORINA. Engañar á una jóven; hacerla el amor estando casado, y sobre todo ¡negarse á comprarle una sortija de diamantes! Porque parece mentira que haya sortijas de diamantes por cuarenta duros...

RAMON. En casa de Samper. Tu pichona, Corina. Ya sé el estilo.

CORINA. Ah! ¿Es usted el sofá de ese monstruo?

RAMON. Cómo el sofá?

CORINA. Su confidente; es un decir, sabe usted?

RAMON. Chist! No levante usted la voz.

CORINA. (Gritando.) ¡Hago lo que quiero!

RAMON. ¡Ya escampa!

CORINA. ¿Dónde está su mujer? Que venga su mujer!

RAMON. (Gritando más.) ¡Hable usted bajo! Como yo!

ESCENA IX.

DICHOS, ROSA.

ROSA. Llamaban ustedes?

CORINA. Quién es esta?

RAMON. Su mujer. (Á Corina.) (Conviene engañarla.)

CORINA. Venga usted acá, señora! (Coge á Rosa de la mano y la acerca al proscenio.) ¿Conque era usted su esposa?

ROSA. Cómo?

RAMON. (Bajo á Rosa.) ¡Afirme usted!

CORINA. Conque estaba usted casada con ese hombre?

ROSA. Calle! ¿Lo saben ustedes ya? (Saben mi matrimonio. Quién les habrá dicho...)

RAMON. (Bravo! La cogió al vuelo!)

CORINA. Ayer mismo me enteré de todo!

ROSA. Pues bien, á qué negarlo, si al fin es cierto.

CORINA. El muy pillo se me fingió soltero.

ROSA. Cómo es eso? ¿Mi marido? Á ver, á ver, explíquese usted!

RAMON. (Qué bien finge! Qué bien finge!)

CORINA. ¡Pues ya lo creo! Hace dos meses cruzaba yo la Puerta del Sol, y al pasar por debajo del reloj, su marido de usted me detuvo.

ROSA. ¡Miren el muy suave!

CORINA. ¿Suave? ¡No lo sabe usted bien!

ROSA. Siga usted, siga usted!

CORINA. ¿Va usted muy de prisa?—me dijo poniendo los ojos en blanco.

ROSA. (¡Ah pérfido Anatolio!)

CORINA. ¡Apártese usted, caballero, no me comprometa usted! —Si me quieres hago tu fortuna.—¡Ay, Jesús, qué rubor!—Sígueme, hurí.—Dónde?—¡Á la vuelta!—Y me condujo al café de Pombo, convidándome á media tostada.

ROSA. ¡Ah tunante, en cuanto yo le coja!...

RAMON. Bien, bien: márchese usted. (Á Corina.)

CORINA. ¡Nunca!

RAMON. Pero señora, qué pretende usted?

CORINA. Pretendo una indemnizacion.

RAMON. ¡Qué atrocidad!

ROSA. (Llorando, dirigiendose á Ramon.) ¡Nunca creí que me engañase de este modo!

CORINA. (Id., id.) Si yo tuviese familia, no me pasaría lo que me pasa!

ROSA. (Llorando más fuerte.) Por qué me casaría yo con ese hombre?

CORINA. (Id.) ¿Por qué me comería yo aquella media?

RAMON. ¡Pues vaya un duo divertido!

ESCENA X.

DICHOS, AMELIA.

AMELIA. ¿Quién se compunge por aquí?
RAMON. (Jesucristo! Buena la hicimos!)
CORINA. (Á Ramon.) (¿Quién es esta señora?
RAMON. (Á Corina.) La madre de Casimiro. Cállese usted, por Dios.
CORINA. Su madre?—¡El pérfido tiene madre!)
RAMON. Ha visto usted qué rareza!
AMELIA. Pero en fin, qué ocurre?—Habla, Rosa!
ROSA. ¡Ay señora! Acaban de clavarme un puñal en el corazon.
RAMON. (Pero qué bien finge!)
AMELIA. Un puñal?
ROSA. Yo le creía bueno y honrado y resulta que es un libertino!
AMELIA. Quién?
ROSA. ¿Quién ha de ser? ¡Mi esposo!
AMELIA. ¿Un libertino? Eso serán cuentos.
CORINA. (Á Amelia.) Que usted lo defienda es muy natural; todas las madres creen que sus hijos son unos santos.
AMELIA. Cómo mi hijo? (Mirando á Ramon.)
RAMON. ¡Á mí no me mire usted!
ROSA. ¿Su hijo?
RAMON. ¡Cabal! El hijo de... su madre. (Á Corina.) (Cállese usted, señora.)
ROSA. ¿Pero cómo ha de ser su hijo?
RAMON. ¡Eso digo yo! ¿Cómo ha de ser su hijo?
CORINA. Pues usted me lo ha dicho.
ROSA. (Á Amelia.) ¿Usted madre de Anatolio?
AMELIA. Yo? ¡Qué estupefaccion!
ROSA. Pero qué enredo es este?
UN CRIADO. (Anunciando.) El señor don Ernesto Quitrin.
CORINA. (Ernesto!) (Fingiendo una convulsion.) ¡Ah! ¡Oh! ¡Ay!... (Cae sobre Ramon.)

RAMON. ¡Caracoles! (Á Rosa.) Traiga usted vinagre. Es un ataque de nervios.

ROSA. ¡Que reviente! (Váse.)

RAMON. (Á Amelia.) Señora, un poco de vinagre.

AMELIA. Allá usted se las haya. (Váse.)

RAMON. Pichona! ¡Eh! ¡La del buche! ¡Nada! No vuelve! (Aparece Casimiro; viéndole.) Casimiro! ¡Loado sea Dios! Ven acá, ayúdame!

CASIMIRO. (Acercándose.) Qué pasa?

RAMON. ¡Corina!

CASIMIRO. ¡María Santísima! (Echa á correr, marchándose por la izquierda.)

RAMON. La encerraré en aquel cuarto. (La conduce al primer cuarto de la derecha.)

CORINA. (Sin abrir los ojos.) (¡Ernesto aquí! Estoy perdida.)

ESCENA XI.

RAMON, luégo ERNESTO, por el foro.

RAMON. ¡Y me aseguraba que vivía feliz!

ERNESTO. (Con débil voz.) ¿Se puede?

RAMON. Adelante.

ERNESTO. Dispense usted, caballero: permanecí de pie tanto tiempo en la antesala que... me parece que me encuentro mal. (Pierde el equilibrio: Ramon le sostiene.)

RAMON. (Si se irá á desmayar tambien.)

ERNESTO. Una silla! venga una silla!

RAMON. (Acercándole una silla.) (Parece de trapo este hombre.)

ERNESTO. (Sentándose.) Gracias! Me siento mejor. Caballero; yo me llamo Ernesto Quitrin, y soy natural de Jaca.

RAMON. Muy señor mio.

ERNESTO. Yo soy el hijo único de una de las mejores familias de aquel país.

RAMON. Que sea enhorabuena.

ERNESTO. Desde la cuna me hice notar por una sensibilidad poco comun; sensibilidad que más tarde debía poner muchas veces mi vida en peligro.

RAMON. Adelante.

ERNESTO. Desde mi entrada en el colegio...

RAMON. Dispense usted; pero tengo prisa y...

ERNESTO. Decía que desde mi entrada en el colegio, una nube empañó los primeros años, ordinariamente dichosos de la adolescencia.

RAMON. (¡Qué jaco tan pesado!)

ERNESTO. Á mi entrada en el mundo...

RAMON. Oh!

ERNESTO. Creo que estoy fastidiándole á usted.

RAMON. No; pero...

ERNESTO. Á mi entrada en el mundo vinieron nuevos acontecimientos á desarrollar el sistema nervioso de mi tierna naturaleza. El amor me había tocado con sus alas produciendo en mi corazon una herida que no se cierra nunca.

RAMON. Pero señor mio!...

ERNESTO. (Con tono romántico.) La ví por primera vez debajo del reloj de la Puerta del Sol!

RAMON. Á quién?

ERNESTO. Á Corina.

RAMON. (Pues señor! todo el mundo la encuentra debajo del reloj.)

ERNESTO. Nos fuimos al café de Pombo...

RAMON. Y la convidó usted á media tostada.

ERNESTO. Á una, caballero! Mi emocion fué tan grande que me desmayé! Cuando volví en mí, Corina había desaparecido?

RAMON. ¿Pero qué me importa á mi todo esto?

ERNESTO. Creo que estoy fastidiándole á usted.

RAMON. Si, señor.

ERNESTO. Gracias.

RAMON. No hay de qué!

ERNESTO. Seis meses despues volví á encontrarla en el teatro: iba descotada, en traje de baile, con las espaldas desnudas. ¿Qué espaldas, caballero! Yo no pude soportarlas, y me desmayé. (Cayendo de espaldas sobre Ramon.)

RAMON. ¿Otra vez? ¡Pero hombre! Vaya un modo de echarse!
ERNESTO. En fin, caballero, qué más puedo decir á usted?
RAMON. Nada! No me diga usted nada!
ERNESTO. Al fin descubrí su retiro, mas ¡oh dolor.! Ella no era libre. Entónces me dediqué á amarla en silencio; pero es el caso que cada dia descubro un nuevo rival, y he aquí cómo llegamos al objeto de mi visita.
RAMON. ¿Llegamos ahora? ¡Ay qué caminito!
ERNESTO. Á propósito: ¿tengo el gusto de hablar con don Casimiro Mulé?
RAMON. No tal.
ERNESTO. Cómo! ¿No es usted don Casimiro? Entónces, con qué derecho ha penetrado usted en los misterios de mi vida?
RAMON. Que yo he penetrado?
ERNESTO. Sí señor! Yo busco á Casimiro! Á mi nuevo rival... Se me figura que va á darme un ataque de nervios.
RAMON. Pues eso faltaba!
ERNESTO. En tal caso, desnúdeme usted y colóqueme sobre una mesa de mármol.
RAMON. (¡Sobre uuas parrillas te colocaría yo!)
ERNESTO. (Vacilando.) ¡Ay! ¡Qué me da!
RAMON. No, no! Cálmese usted! (Conviene alejarle de aquí! Oh! qué idea.) Oiga usted, señor de Carricoche.
ERNESTO. Quitrin.
RAMON. Bueno! Quitrin. Sepa usted que Corina es inocente.
ERNESTO. ¿Cómo?
RAMON. Ese don Casimiro á quien usted ha tomado por amante, no es su amante.
ERNESTO. Pues qué es?
RAMON. Su padrino.
ERNESTO. ¿Qué oigo? Pero si Corina me ha dicho que su padrino fué un trapero de Sevilla.
RAMON. Bueno; pues este es el trapero.
ERNESTO. Y que se llamaba Blasillo.
RAMON. Pues al cambiar de posicion ha cambiado de nombre.
ERNESTO. ¡Cielos! usted me da la vida! ¡Su padrino! ¡El trapero

Ya sé lo que tengo que hacer. (Le da un beso en la frente y se marcha por el foro.)

ESCENA XII.

RAMON, luégo CASIMIRO.

RAMON. Si no fuese yo un verdadero amigo! Veamos como está la enferma! (Entra en el primer cuarto de la derecha.)

CASIMIRO. ¡No hay nadie! Ya debe haberse marchado! Qué cúmulo de emociones! Mi mujer y el Miriñaque! Mi hija engañándome con el afinador! Corina por otro lado! (Suenan voces.) Qué ruido es ese?

ESCENA XIII.

DICHOS, ROSA, ANATOLIO, por el foro.

ROSA. (Sacando de una oreja á Anatolio, se dirige hácia la derecha sin ver á Casimiro.) ¡Venga usted acá, marido infame!

ANATOL. Pero, qué significa esto?

CASIMIRO. (El afinador! Ah pillo!)

ROSA. Burlar de ese modo á una mujer honrada!

CASIMIRO. (Todo el mundo sabe ya que quiere burlarse de mi hija!)

ANATOL. Pero qué?

CASIMIRO. Tambien lo sabias tú, Rosa?

ROSA. (Volviéndose sorprendida.) Ah! (¡El señorito!)

CASIMIRO. (Acercándose á Anatolio.) ¡Su conducta de usted es indigna!

ROSA. (Qué oigo!)

CASIMIRO. Tratar de seducir á una jóven abusando de su posicion de usted es un crímen.

ROSA. Ah! está usted tambien enterado de...

CASIMIRO ¡Pues ya lo creo! Y extraño mucho que sabiéndolo no me lo hayas dicho.

ROSA. Yo lo he sabido hace un instante. Ella misma lo ha confesado todo.

CASIMIRO. (¡Mi hija lo confiesa! Horror!) (Pasa cerca de la primera puerta derecha.)

ESCENA XIV.

DICMOS, RAMON y CORINA.

RAMON. Márchese usted inmediatamente.

CASIMIRO. (Ella! Aún estaba aquí!) (Echa á correr al lado izquierdo.)

CORINA. (Viendo á Casimiro y siguiéndole.) ¡Al fin lo encuentro!

RAMON. (Á Corina.) ¡Calma!

ROSA. (Á Anatolio.) Ahí la tienes! Niégalo si te atreves!

ANATOL. ¿El qué?

ROSA. (Á Corina.) Confúndale usted, señora? (Señalando á Anatolio.) Ahora quiere negar que están ustedes en relaciones.

ANATOL. ¿Qué atrocidad!

CASIMIRO. Cómo? ¿Con esta tambien?

CORINA. ¿Conmigo? (Si querrá burlarse?) (Á Casimiro.) Oiga usted, dígale usted á su mujer que se contenga y que no insulte á nadie.

CASIMIRO. ¿Mi mujer? (Buscándola.) ¿Dónde está?

CORINA. ¡Vaya! ¡Si no sabré yo que esta es su mujer de usted! (Señalando á Rosa.)

ANATOL. ¡Eso no puede ser!

RAMON. (Á Anatolio.) Sí! Es su mujer, pero nada más que hoy.

ANATOL. ¡Canario!

ROSA. ¡Usté está loca!

CORINA. ¡La loca lo será usted!

CASIMIRO. ¡Silencio por Dios! (Todos hablad á la vez y riñen sin entenderse.)

ANATOL. Basta de escándalo! (Váse.)

ROSA. (Corriendo detrás.) ¡Ven acá, pillo!

CORINA. ¡Ay qué sofocacion!

CASIMIRO. (Á Ramon.) ¿Pero qué sucede aquí?

RAMON. ¡No temas! Yo te devolveré la tranquilidad! (Corina cae sobre una silla con una fuerte convulsion.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

RAMON y CORINA.

Corina desmayada en una butaca. Ramon á su lado, abanicándola.

RAMON. Señora, que esta situacion es insostenible! Tenga usted la bondad de volver en sí.

CORINA. ¿Dónde estoy? (Levantándose.)

RAMON. Desmayada hace una hora.

CORINA. (Separándose.) ¡Supongo que no habrá usted abusado!

RAMON. Yo?

CORINA. Es un decir, sabe usted?

RAMON. Me parece que deben aguardarla á usted en alguna parte.

CORINA. Una palabra. Ántes de marchar quisiera hablar con ese monstruo.

RAMON. Para qué? Su posicion de usted es muy delicada. Y sobre todo, usted está comprometida á casarse con Ernesto, con ese jóven sensible y pundonoroso, á quien ha hecho usted víctima de su pasion.

CORINA. ¿Tengo acaso la culpa de que me ame? Ese jóven me

persigue por todas partes, pero nunca alcanzó la más pequeña prueba de mi cariño.

RAMON. Y sin embargo, quiere casarse con usted.

CORINA. Pues con su pan se lo coma.

RAMON. ¿Usted lo desprecia? Usted prefiere una vida agitada á la tranquilidad del hogar doméstico? Piénselo usted bien!

CORINA. Imposible.

RAMON. Vamos á ver: y si yo asegurase á usted un porvenir?

CORINA. Eh?

RAMON. (Me sacrificaré como siempre por la amistad.) Sí, señora! Un gran porvenir!...

CORINA. Veamos!

RAMON. Si usted se casa, le prometo á usted... que la dotará Casimiro en ocho mil duros. (Que diga luégo que no soy un buen amigo.)

CORINA. ¡Ay, Jesús, caballero, no me sofoque usted!

RAMON. ¿Qué tal?

CORINA. (Despues de mirar á todos lados.) ¿Es camelo?

RAMON. Nunca dí ninguno, señora.

CORINA. Pues que me dote y andando.

RAMON. ¡Oh corazon sublime y desinteresado! Bueno, pues váyase usted.

CORINA. Por supuesto que ha de ser hoy mismo.

RAMON. Sin falta.

CORINA. (Dándole la mano.) Bonetillo, seis, duplicado, escalera interior, tercero del centro, tiene usted su casa.

RAMON. Que la disfrute usted con otra de oro.

CORINA. Hasta la vista. (Ocho mil duros! Nunca esperé sacar tanto.) (Váse.)

RAMON. Prevengamos á Casimiro. Es preciso que la dé los ocho mil duros. Creo que no puede hacerse más por un amigo! (Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

FELIZ, luégo AMELIA.

FELIZ. Estoy decidido. Yo no puedo marcharme á Constantinopla sin tener una entrevista con esa infiel. ¡Engañarme con un afinador! Bien claro me lo dijo el otro. ¡Ah, Luciana, Luciana!...

AMELIA. Hola! Usted por aquí? Cuánto me regocijo!

FELIZ. (La madre! ¡Se alegra de verme! Yo voy á desengañar á esta mujer.)

AMELIA. Me parece que está usted un poco turbulento.

FELIZ. Señora, ha llegado la ocasion de hablar con franqueza.

AMELIA. Eh?

FELIZ. Con entera franqueza. Así pues, sepa usted que yo no puedo ser para usted más que un hermano.

AMELIA. Cómo es eso?

FELIZ. Si la hubiese conocido ántes de su matrimonio... tal vez... no digo que no, pero ahora, estando como está ligada á otro... vamos, que no puede ser!...

AMELIA. El qué?

FELIZ. Es verdad que soy bello, que reuno atractivos capaces de enloquecer á cualquiera, pero considere usted, Amelia, que la belleza es efímera!

AMELIA. Me parece que tiene usted interceptado el viaducto intelectual.

FELIZ. No entiendo.

AMELIA. Digo que almorzó usted fuerte.

FELIZ. ¡No disimule usted! ¿Para qué? Evíteme usted un viaje á Oriente. Usted no puede amar á otro sin cometer un crimen.

AMELIA. Á otro?

FELIZ. Basta de disimulo! Ya sé que abriga usted una pasion volcánica.

AMELIA. Yo?

FELIZ. Ya sé que está usted locamente enamorada...

AMELIA. ¿De quién?

FELIZ. ¡De mí!

AMELIA. ¡Ay qué barbarismo!

FELIZ. ¡Seamos hermanos!

AMELIA. Yo? ¿Yo enamorada de...

FELIZ. ¡Si lo comprendo! Es muy natural! Pero bien sabe usted que amo á su hija, ó mejor dicho, la amaba. Ya no la amo! Ahora la detesto!

AMELIA. ¿Pero qué dice este célibe?

FELIZ. Lo ignora usted? ¡Es verdad, que como usted sólo piensa en ese amor fatal!

AMELIA. ¡Y dale!

FELIZ. Ignora usted que Luciana ama á otro?

AMELIA. Á otro?

FELIZ. Sí! ¡Á un artista! Me lo han asegurado.

AMELIA. Imposible! Esos son cuentos! Usted ha venido á zarandearse conmigo y no lo tolero.

FELIZ. Pero señora!...

AMELIA. Salga usted de mi casa.

FELIZ. Advierta usted...

AMELIA. ¡Que se disipe usted!...

FELIZ. (¡Y habré de marchar á Constantinopla de este modo! ¡Nunca! Ya volveré!) (Váse por el foro.)

ESCENA III.

AMELIA, luégo ERNESTO.

AMELIA. Qué se habrá figurado? ¡No he visto un hombre más inverosímil!

ERNESTO. El señor don Casimiro?

AMELIA. Eh? Qué deseaba usted?

ERNESTO. Deseaba hablar con don Casimiro.

AMELIA. Voy á pasarle recado con la fámula. (Váse por la izquierda.)

ESCENA IV.

ERNESTO, luégo CASIMIRO.

ERNESTO. ¡Cómo me palpita el corazon! Desde que supe que don

Casimiro es padrino de Corína decidi pedirle su mano. Si me la niega me mataré!

CASIMIRO. Caballero!... (Quién será éste?)

ERNESTO. Es usted don Casimiro?

CASIMIRO. El mismo!

ERNESTO. Es usted? Ah! ¡No sé lo que siento aquí. (En el corazon.)

CASIMIRO. Deseaba usted...

ERNESTO. (Vacilando.) Una silla! Una silla por favor!

CASIMIRO. (Cómo se tambalea!)

ERNESTO. ¡Yo amo, don Casimiro!

CASIMIRO. ¡Qué me cuenta usted!

ERNESNO. Yo amo hace mucho tiempo á una persona que depende de usted.

CASIMIRO. Ah! (Vamos! Otro pretendiente para mi hija.)

ERNESTO. Hace cinco años que sueño con esta union!

CASIMIRO. Cinco años?

ERNESTO. La ví por primera vez debajo del reloj de la Puerta del Sol!

CASIMIRO. ¿Tambien debajo del reloj? (Ese sitio atrae como el iman.)

ERNESTO. Yo sé muy bien que me expongo á la crítica del mundo.

CASIMIRO. Cómo?

ERNESTO. ¡Ernesto! me han dicho mis amigos, ¿no te arrepentirás algun día de haber entregado tu nombre á una mujer como esa?

CASIMIRO. Eh? ¿Qué diablos dice?

ERNESTO. Y la verdad es que llevan razon.

CASIMIRO. ¡Caballero! Mi hija está muy por encima de esas sospechas criminales.

ERNESTO. Su hija de usted?

CASIMIRO. Naturalmente.

ERNESTO. Yo creí que sólo era usted su segundo padre.

CASIMIRO. Cómo segundo? ¿Qué es eso de segundo? ¡Soy el único! Entiende usted?

ERNESTO. ¿Su padre? Conque es usted su padre? ¡Jurémelo usted, caballero!

CASIMIRO. ¡Se está burlando de mí!

ERNESTO. Qué me contesta usted?

CASIMIRO. ¡Que se marche usted de mi casa! Pues vaya una embajada! (Váse por el foro.)

ESCENA V.

ERNESTO, RAMON, por la segunda puerta izquierda.

ERNESTO. ¡Desahuciado por su padre! Oh! (Cae en una butaca medio llorando.)

RAMON. Pues señor, no encuentro á Casimiro por toda la casa!

ERNESTO. Ah! caballero, soy muy desgraciado!

RAMON. (Otra vez el de los nervios!)

ERNESTO. Acabo de hablar con su padre.

RAMON. Con mi padre?

ERNESTO. ¡No señor! su padre!

RAMON. ¿Qué padre?

ERNESTO. ¡Su primer padre!

RAMON. ¿Adan?

ERNESTO. Blasillo!

RAMON. Cómo Blasillo?

ERNESTO. Alias don Casimiro.

RAMON. Ah! Sí! (Lo que yo le dije!)

ERNESTO. Pues bien! Me ha negado la mano de Corina. ¡Es un hombre sin entrañas!

RAMON. Poco á poco! Casimiro es un hombre de honor, y no puedo tolerar que nadie le insulte.

ERNESTO. Yo no le insulto por eso.

RAMON. Permítame usted! Creo conocer el valor de las palabras!

ERNESTO. Repito que no insulto á ese caballero.

RAMON. ¡Á ese caballero! Como si dijésemos á ese... cualquier cosa! Diga usted que no le insulta!

ERNESTO. Pero...

RAMON. Mientras yo trato de conciliarlo todo usted emplea frases impertinentes!

ERNESTO. Yo?

RAMON. Si estuviese aquí Casimiro le arrancaría á usted las

orejas!

ERNESTO. ¡Demonio!

RAMON. Yo no soy malicioso, pero estoy seguro que ha venido usted aquí con ánimo de provocar un lance con mi amigo.

ERNESTO. Yo?

RAMON. Bajo esa máscara de timidez oculta usted sus instintos sanguinarios!

CASIMIRO. (Saliendo y deteniéndose á escuchar.) (Eh? Qué es esto?)

RAMON. Pero yo tendré la prudencia de no decir nada de ello á Casimiro!

CASIMIRO. (Eh?)

RAMON. Porque yo le conozco, y respondo de su valor con las armas en la mano.

CASIMIRO. (Qué dice?)

RAMON. Pero descuide usted! Él no sabrá que usted le ha llamado borracho.

CASIMIRO. (Acercándose furioso.) ¿Cómo borracho?

ERNESTO. Yo?

RAMON. ¿Estabas ahí? (Cuando trataba de arreglarlo todo!)

CASIMIRO. No sólo insulta á mi hija sino que me insulta á mí tambien!

ERNESTO. Caballero!...

RAMON. ¡Cálmate!

CASIMIRO. Oh! Si me dejase llevar de mi furor!

RAMON. Señores, señores! ¡Tengamos dignidad! Supuesto que la desgracia ha querido que oigas lo que trataba de ocultarte, no es posible retroceder. Yo te comprendo. Es preciso hacer las cosas en regla. (Á Ernesto.) Envíenos usted sus padrinos.

ERNESTO. ¡Un duelo!

RAMON. Nosotros somos los ofendidos y elegimos la pistola.

CASIMIRO. ¿La pistola?

ERNESTO. Pues bien! Sea! Ya estoy harto!

CASIMIRO. Á ver, á ver! Entendámonos!

RAMON. (Á Casimiro.) Cuenta conmigo! (Á Ernesto.) Tome usted. (Le da el sombrero.) Nos volveremos á ver en otro

terreno!

ERNESTO. Hasta la vista. (Váse.)

ESCENA VI.

RAMON, CASIMIRO.

CASIMIRO. ¡No sé lo que me pasa!

RAMON. ¡Qué sería de tí si no estuviese yo á tu lado!

CASIMIRO. Sin embargo, eso de batirse...

RAMON. Bien has visto que he tratado de evitar el lance por todos los medios posibles.

CASIMIRO. ¿Evitarle? Nadie lo hubiera dicho.

RAMON. Dime, ¿tiras la pistola?

CASIMIRO. Arrojándola con fuerza la tiraré diez ó doce varas.

RAMON. Es necesario que des alguna leccion.

CASIMIRO. Pero dime, ¿no valdría más arreglar esto de otro modo?

RAMON. Cómo? ¿Crees que no éstaré yo allí?

CASIMIRO. Lo que creo es que no hay motivo para romperse la crisma!

RAMON. ¡No temas! Yo he venido expresamente para velar por tu tranquilidad y por la de tu familia.

CASIMIRO. ¡Mi familia! Ya no tengo familia! Mi mujer me vende, mi hija me engaña...

RAMON. Pero me tienes á mí en cambio! (Abrazándolo.)

CASIMIRO. Eso es lo único que me consuela!

RAMON. Aguarda! Voy á preparar las armas y vendré á que demos una leccion.

CASIMIRO. (Llorando.) ¡Si muero planta junto á mi sepulcro una siempreviva!

RAMON. ¡Pobre amigo mio! (Váse por la derecha.)

ESCENA VII.

CASIMIRO, luégo CORINA.

CASIMIRO. ¡Vamos! Que no me bato! Se acabó!

CORINA. Beso á usted la mano!

CASIMIRO. (¡San Francisco! la otra.) ¿Á qué quiere usted? ¿Á qué viene usted aquí? Márchese usted en seguida!

CORINA. Que á qué vengo? Muy sencillo. Vengo por... pues!

CASIMIRO. Por...

CORINA. Sí señor, justamente. ¡Ay qué sofocacion! Me derrengan esas escaleras!

CASIMIRO. (¡Tú sí que me estás derrengando!)

CORINA. En fin, caballero, conste que yo me opuse, y me opuse porque aun cuando una sea de piedra!... ¡Caramba! Verdad es que entre nosotros no ha habido intimidad, vamos al decir; pero es un perro, con perdon de usted, y le quiere una porque una tiene en su sitio el corazon, salva sea la parte.

CASIMIRO. Bueno! Pues tome usted la puerta, y perdone usted el modo de señalar!

CORINA. Sí señor! Porque estas escenas me conmueven! Vaya! Déme usted esos cuartos!

CASIMIRO. (Admirado.) ¿Esos cuartos? (Ah! vamos! lo que me pidió en su última carta. Con tal que se marche...) Tome usted por la última vez. (Dándola billetes.)

CORINA. Aquí falta un pico, caballero.

CASIMIRO. ¿Un pico? Creo que son dos mil reales...

CORINA. Bueno! Hasta ocho mil duros falta un pico.

CASIMIRO. (Muy asustado.) Ocho mil qué?

CORINA. Duros!

CASIMIRO. ¡Blandos!

CORINA. Eso me han prometido!

CASIMIRO. Quién?

CORINA. Su amigo de usted! Me dijo que me dotaría usted en ocho mil duros si accedía yo á casarme con Ernesto.

CASIMIRO. ¡Qué atrocidad!

CORINA. ¡Y cómo accedo á ello!...

CASIMIRO. ¿Accede usted? ¡Hombre, qué demonio!

CORINA. ¡Qué escucho! ¿Se vuelve usted atrás? ¿Ha sido una burla? (Gritando.) ¿Han querido ustedes engañarme? ¡Ay qué sofocacion!

CASIMIRO. ¡Ay qué diita estoy pasando!

CORINA. ¿Creen ustedes que se juega así con una pobre jóven?
CASIMIRO. Yo!...
CORINA. Usted! usted! ¡Usted es un zanguango!
CASIMIRO. Muchas gracias!
CORINA. Y usted no sabe con quién trata!
CASIMIRO. Ya lo voy viendo.
CORINA. Porque yo por la buena soy un mazapan, pero á malas un cardo borriquero. Es un decir, sabe usted, y soy muy |recapaz, está usted, de mover el gran escándalo del siglo.
CASIMIRO. Calle usted por las siete cabrillas!

ESCENA VIII.

DICHOS, AMELIA.

AMELIA. ¿Qué desacordes son estos?
CASIMIRO. (Ahora sí que nos lucimos!)
CORINA. Me alegro que venga usted, señora! Con eso castigará usted la conducta de su hijo.
AMELIA. De mi hijo?
CASIMIRO. ¿Cómo de su hijo?
CORINA. Hombre, claro está! Siendo usted su madre!
AMELIA. De quién?
CORINA. De este bombo! (Señalando á Casimiro.)
AMELIA. ¿Su madre?
CASIMIRO. Y nada me habías dicho?
AMELIA. Señora, usted está híbrida!
CORINA. Lo niega usted? Pues si no es su hijo, qué puede ser entónces?
AMELIA. ¡Mi marido!
CORINA. Ah! ¿Está casado con dos?
AMELIA. ¿Con dos?
CASIMIRO. Jesús, María y José!
AMELIA. Destílese usted, señora!
CORINA. Eh?
AMELIA. Que hable usted claro!
CORINA. Hace poco estuve hablando aquí mismo con la otra.

AMELIA. ¿Y quién es la otra?
CORINA. Su mujer!
AMELIA. ¡Cielos! ¡Era usted un bigamo!
CASIMIRO. ¿Pero qué enredo es este?
CORINA. Dentro de diez minutos volveré á saber su determinacion. ¡Ó me dota usted ó le cito á juicio! (Váse.)

ESCENA IX.

AMELIA, CASIMIRO.

AMELIA. Quién es esa femenina? ¿Por que pide que la dotes?
CASIMIRO. Usted no tiene derecho á preguntar nada!
AMELIA. Cómo que no!
CASIMIRO. La esposa que olvidando sus deberes tiene la osadía de amar á un intruso no merece disculpa.
AMELIA. Yo? Amar? Á quién?
CASIMIRO. Cree usted que lo ignoro? ¡Á Feliz! Al que pasa por novio de su hija!
AMELIA. ¡Hija de mi alma! ¡Es usted un calumniador!
CASIMIRO. Basta! No quiero permanecer aquí! (Váse por la izquierda.)
AMELIA. (Corriendo detrás.) Oiga usted, hombre infausto!

ESCENA X.

RAMON, luégo ROSA y LUCIANA.

RAMON. (Con dos pistolas de gran tamaño.) Yo creo que con esto será bastante.
ROSA. (Sale por el foro y se dirige á la segunda puerta izquierda.) Señorita, venga usted.
RAMON. (Su hija! Si me ve con estas armas podrá maliciar...) (Se esconde detrás de la cortina.)
LUCIANA. (Saliendo.) Qué quieres, Rosa?
ROSA. Ahí está!
LUCIANA. ¿Quién?
ROSA. ¡El niño! ¡Acaba de traerlo el ama!
RAMON. (Zambomba!)
LUCIANA. De veras? ¡Cuánto me alegro!

ROSA. Venga usted! Arriba está!

LUCIANA. Y mi padre?

ROSA. No hay peligro!

LUCIANA. ¡Es un retrato de Anatolio!

RAMON. (El afinador!)

ROSA. Venga usted, venga usted! (Vánse por el foro.)

ESCENA XI.

RAMON, luégo ANATOLIO.

RAMON. ¡Un niño! Acaban de traer al niño! ¡Pobre Casimiro! ¡Desgraciado padre!

ANATOL. (La portera me ha dicho que acaban de traer á mi hijo.)

RAMON. (Él es!)

ANATOL. (Diablo! Felices! Con permiso de usted voy á afinar el piano.

RAMON. Es inútil.

ANATOL. Cómo?

RAMON. Acérquese usted y no tema usted nada

ANATOL. Que me acerque?

RAMON. Los momentos son preciosos. Vamos á ver! Cuáles son sus intenciones de usted toda vez que existe ese niño?

ANATOL. (Muy sorprendido.) Cómo! ¿Usted sabe?...

RAMON. ¡Todo! Responda usted! Está usted dispuesto á casarse con la madre?

ANATOL. ¿Á casarme? Pero si yo estoy casado!

RAMON. ¿Casado?

ANATOL. Sí señor! Hace cerca de un año!

RAMON. ¿Casado? Y ha tenido usted valor de obrar de esa manera!

ANATOL. Pues por lo mismo!

RAMON. Salga usted, eliogábalo!

ANATOL. Pero...

RAMON. Quítese usted de mi vista! Su crímen de usted es incalificable!

ANATOL. Mas...

RAMON. Que se marche usted!

ANATOL. (Si estará loco!) (Váse por el foro.)

ESCENA XII.

RAMON, luégo FELIZ.

RAMON. ¡Casado! No es posible reparar la falta! Luciana quedará deshonrada y su padre! Desgraciado padre!

FELIZ. ¡Gracias á Dios que le echo á usted la vista encima!

RAMON. (Calle! Ya había olvidado á éste.)

FELIZ. Todo el mundo me arroja de esta casa. Es preciso terminar de una vez!

RAMON. Acaso no es usted delincuente?

FELIZ. Pero Dios mio, tengo acaso la culpa de lo que ocurre? Yo vine aquí por Luciana, nada más que por Luciana, á quien adoro.

RAMON. (Oh, qué idea!) Habla usted con sinceridad.

FELIZ. Lo juro!

RAMON. ¿Está usted dispuesto á casarse?

FELIZ. Usted mismo me ha dicho que Luciana quiere al afinador!

RAMON. Eso ha terminado por completo.

FELIZ. De veras? De modo que no hubo consecuencias?

RAMON. Ninguna. Lo que hubo fué un niño como un becerro. (Éste reparará la falta.)

FELIZ. ¿Un niño?

RAMON. Reasumamos! Usted tiene un gran corazon. Su conducta de usted es noble y patriótica. Merece usted la cruz de beneficencia. Ahora voy á preparar á Casimiro. Entre usted en aquel gabinete; ya saldrá usted á su tiempo. El niño está arriba. Ni una palabra ó se pierde todo. Ocúltese usted. (Le señala el primer cuarto de la derecha y se marcha por la izquierda.)

FELIZ. ¿Que el niño está arriba? Pero Señor, ¿qué niño es ese? Lo principal es que hable yo con Luciana. ¡Si pudiese verla un momento! Me escurriré por este lado. (Váse por la izquierda.)

ESCENA XIII.

ERNESTO, por el foro.

En vano he buscado padrinos para el duelo. Me he dirigido á más de veinte personas. Señores, les he dicho, estoy decidido á no batirme aunque me emplumen. ¿Quieren ustedes ser mis padrinos? ¡Y todos han rehusado el honor! De modo que me veo precisado á decir yo mismo á mi adversario que no tuve intencion de insultarle. Me parece que oigo su voz... Sí, él es! No viene solo! ¿Dónde aguardaré un instante oportuno? Ah! en aquel gabinete! (Se oculta en el primer cuarto de la derecha.)

ESCENA XIV.

RAMON, CASIMIRO, por la izquierda.

CASIMIRO. Pero, hombre, qué misterios son esos? Repito que no comprendo una palabra de tus logogrifos.

RAMON. ¡Pobre amigo mio!

CASIMIRO. Habla claro de una vez.

RAMON. Es cuestion muy delicada y no me atrevo... Sólo te diré que aquí, en tu misma casa y bajo tu propio techo se ha cometido una gravísima falta!

CASIMIRO. ¡Cielos! Otra nueva desventura!

RAMON. Pero yo estaba aquí! Yo he velado por tu honor, y tu honor, Casimiro, no sufrirá detrimento. Mañana tendrá el niño un nombre legítimo.

CASIMIRO. ¿El niño? ¿Existe un niño?

RAMON. Sí!

CASIMIRO. ¿Quién es la madre? Su nombre! Dime su nombre!

RAMON. El que allí está oculto te lo dirá. (Señalando el primer cuarto de la derecha.) Yo no me atrevo! No tengo valor para proporcionarte un nuevo disgusto.

CASIMIRO. Aguarda!

RAMON. ¡Déjame! ¡No me preguntes más! (Váse.)

ESCENA XV.

CASIMIRO, luégo ROSA.

CASIMIRO. ¡Ramon! Escucha! No me hace caso! Es preciso que lo descubra todo! Pronto! Luciana! Amelia! Rosa!
ROSA. Llama usted? (Saliendo por el foro.)
CASIMIRO. Ven acá! Quién es ese niño? Dónde está ese niño?
ROSA. (Todo lo sabe!) Ah, señor! Perdóneme usted! (Hincándose de rodillas.)
CASIMIRO. ¡Cómo! Serías tú la...
ROSA. Sí señor.
CASIMIRO. Ese niño es tuyo?
ROSA. Sí señor.
CASIMIRO. Basta! Has abusado de mi confianza! ¡Sal de aquí!
ROSA. Pero señor!...
CASIMIRO. Vete!
ROSA. Mas...
CASIMIRO. ¡Que te vayas!
ROSA. Oh! (Váse por la izquierda.)

ESCENA XVI.

CASIMIRO, luégo ERNESTO.

CASIMIRO. Allí está oculto el seductor segun me dijo Ramon! Acabemos con esta escandalosa historia! Salga usted. (Momento de silencio.) ¡Salga usted!
ERNESTO. (Llegó la ocasion de presentarle mis excusas.)
CASIMIRO. ¡Cómo! ¿Es usted?
ERNESTO. Sí señor, y confieso mi falta!
CASIMIRO. ¡La confiesa!
ERNESTO. Comprendo que estuve un poco irreflexivo, porque en fin, me hallaba en su casa de usted y no debía haberlo olvidado.
CASIMIRO. En efecto! Fué un olvido bien imprudente!
ERNESTO. Pues no crea usted! Ya me ha sucedido esto muchas veces!

CASIMIRO. ¿Muchas veces, eh? (¡Qué escándalo!)
ERNESTO. Sí señor, á pesar de mi carácter tímido.
CASIMIRO. Pues me gusta la timidez!
ERNESTO. Pero siempre ha resultado lo mismo.
CASIMIRO. Canario!
ERNESTO. En seguida me quedo tan tranquilo.
CASIMIRO. Es claro! Descansando!
ERNESTO. Naturalmente!
CASIMIRO. Concluyamos! Cuáles son sus intenciones de usted con respecto á la madre?
ERNESTO. ¿Á la madre?
CASIMIRO. Me han dicho que está usted en muy buen terreno! Por lo demas es una excelente chica; proba, económica, sabe guisar muy bien. Eso sí. Hace unos caracoles que es chuparse los dedos!
ERNESTO. ¿Caracoles?
CASIMIRO. Usted será dichoso. Conque vamos, ¿se halla usted dispuesto sí ó no?
ERNESTO. Á qué?
CASIMIRO. Á casarse con ella.
ERNESTO. Á casarme con...
CASIMIRO. Sí señor! Yo consiento de antemano.
ERNESTO. ¿Qué escucho? (Al fin me da la mano de su hija!) Consiente usted? Oh! Ah! Una silla! Una silla!... ¡La emocion me ahoga!
CASIMIRO. Muy bien, jóven, muy bien! Ya veo que es usted una persona digna! Voy á llamar á su esposa.
ERNESTO. Sí, sí! Llámela usted! Que venga!
CASIMIRO. En seguida. (Llamando.) Rosa! Rosa!
ERNESTO. Corina! Voy á verte! Á estrecharte contra mi corazon!

ESCENA XVII.

DICHOS, ROSA.

CASIMIRO. (Á Rosa.) Ven acá! Yo te perdono y lo olvido todo.
ROSA. Ah! gracias, señor!
CASIMIRO. (Á Ernesto.) Aquí tiene usted á su mujer!

ERNESTO. Eh?
ROSA. Qué dice?
CASIMIRO. Abrácela usted, hombre.
ERNESTO. Pero si no la conozco! (Con mucha naturalidad.)
CASIMIRO. Abrázalo tú!
ROSA. Pero, señor, si éste no es mi marido!
CASIMIRO. Cómo que no?
ERNESTO. Yo creí que me hablaba usted de la mujer que amo!
CASIMIRO. Y no es ésta?
ERNESTO. No señor! Yo me refería á su hija de usted.
CASIMIRO. ¿Á mi hija? ¡Gran Dios!
ERNESTO. Sí señor! Su hija de usted. La que crió usted siendo trapero.
CASIMIRO. ¿Cómo trapero? Que yo he sido trapero?
ERNESTO. Pues ya lo creo! Y se llamaba usted Blasillo.
CASIMIRO. ¡Esto es una casa de locos!
ROSA. Qué dice este hombre?

ESCENA XVIII.

DICHOS, CORINA.

CORINA. Han trascurrido los diez minutos!
CASIMIRO. ¡Corina!
ERNESTO. ¡Ella es! Acércate! Tu padre consiente en nuestra union!
ROSA. (Ella otra vez!)
CORINA. Mi padre?
ERNESTO. Ahí le tienes! (Á Casimiro.) Abrace usted á su hija!
CASIMIRO. ¿Yo?
CORINA. Qué oigo? Todo lo comprendo! No sólo me dota usted, sino que me adopta! ¡Padre de mi alma! (Va á abrazarle.)
CASIMIRO. (Rechazándola.) ¡Un demonio!
CORINA. (Á Rosa.) Ah señora! Nunca creí que su marido de usted tuviese tan gran corazon!
ROSA. ¿Mi marido?
ERNESTO. Ah! Esta señora es su esposa de usted? (Señalando á Rosa.)
CASIMIRO. ¿Otro lio?

ROSA. No tal! Mi marido es otro, bien lo sabe usted!
CORINA. Otro?
ROSA. Si señora! ¡El de la tostada!
CORINA. Cómo?
ROSA. El que la convidó á usted debajo del reloj.
ERNESTO. (Y llevo catorce.)
CORINA. Yo me referí al señor. (Por Casimiro.)
ROSA. Qué escucho?
ERNESTO. ¿Á tu padre?
CORINA. Sí tal! Trató de seducirme!
ERNESTO. (Á Casimiro.) Pero hombre, seducir á su hija!
CASIMIRO. Qué hija ni qué ocho cuartos!
ERNESTO. Jesucristo, qué lio!
CORINA. No nos entendemos!
ERNESTO. Su amigo de usted me dijo que era usted Blasillo! El padrino de Corina.
CASIMIRO. Ah! Fué Ramon?
CORINA. Ese me dijo á mí que me dotaría usted en ocho mil duros.
CASIMIRO Por dotada, con tal que se marche usted.
CORINA. Será posible?
CASIMIRO. Pero márchese usted.
CORINA. (Á Ernesto.) Nos iremos al extranjero.
ERNESTO. ¿Al extrangero? ¡Una silla!
CORINA. (Á Casimiro.) Bonetíllo, seis duplicado...
CASIMIRO. Sí! Ya lo sé, abur!
ERNESTO. (Á Casimiro.) Sombrerete, cuatro, segundo...
CASIMIRO. Ya lo sé! Vayan ustedes con Dios. (Corina y Ernesto se marchan por el foro.) Gracias al cielo!

ESCENA XIX.

DICHOS, AMELIA, LUCIANA, FELIZ y ANATOLIO.

AMELIA. Aquí está! Venga usted sin temor.
FELIZ. Señor don Casimiro, hemos sido víctimas de un error!
CASIMIRO. ¡Que vas á morir, Miriñaque!
FELIZ. Pero escuche usted!

LUCIANA. Escucha, papá!
AMELIA. Hombre, no seas báscula!
FELIZ. Repito que hemos sido víctimas de un error! Ni su esposa de usted me ama, ni su hija quiere á Anotolio; supuesto que Anatolio es marido de Rosa.
CASIMIRO. Eh?
ROSA. Cabal! Ese es el padre.
CASIMIRO. El padre del niño?
LUCIANA. Como no querías doncellas casadas, te lo hemos ocultado tanto tiempo.
FELIZ. Pero su amigo de usted movió un enredo de mil demonios. Ahora nos hemos explicado y...
CASIMIRO. Ramon. Tambien fué Ramon!
FELIZ. Á mí me dijo que su esposa de usted me amaba.
AMELIA. ¡Habrá maléfico!
CASIMIRO. Y á mí que se desvivía por mi tranquilidad.
LUCIANA. Aquí viene.
CASIMIRO. Me alegro.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, RAMON.

RAMON. Señores...
CASIMIRO. Ven acá! De quién era ese niño?
RAMON. ¿No lo sabes aún?
CASIMIRO. De Rosa y su marido.
RAMON. Ah! Te han dicho que ese niño es hijo de Rosa?
CASIMIRO. Ciertamente. Ella misma.
RAMON. (Á Rosa.) (Buena muchacha! Se sacrifica por salvar el honor de su señorita!) Muy bien, hija mia!
ROSA. (Qué dice?)
CASIMIRO. Ah! Te anuncio el próximo matrimonio entre Feliz y mi hija.
RAMON. Ya lo sé. (Á Feliz.) Se encarga usted de cubrir las apariencias. Gracias por su lealtad?
FELIZ. (No entiendo.)
CASIMIRO. Mi mujer arregló esta boda, por la cual tiene marcado

empeño.

RAMON. (Infeliz! Cuánto ha debido padecer!) (Á Amelia.) El arrepentimiento, señora, podrá salvarla á usted.

AMELIA. (Este hombre me petrifica.)

RAMON. En cuanto al asunto que teníamos pendiente con aquel caballero ..

CASIMIRO. Se arregló lo mismo que los otros.

RAMON. Comprendo! (Pobre amigo mio! Le han engañado como á un chino.) Yo te libraré de los nuevos peligros que te amenazan.

TODOS. ¡No!

CASIMIRO. ¡No! No te mezcles en mis asuntos. Tu amistad, querido Ramon, hace más daño que el cólera morbo.

RAMON. ¡Tambien desagradecido! Á todos mis amigos les hice parecidos favores, y todos, sin excepcion, me han tratado como este.

Desde hoy me consagraré
al cuidado de mi casa,
y en nada me mezclaré.
¡Si sé que esto es lo qué pasa!
Toma! Vaya si lo sé!
¡Merezco horrible castigo!
El ingrato me injurió,
y era tan feliz conmigo!...
(Al público.) Si hace falta un buen amigo,
con franqueza. Aquí estoy yo.

FIN DEL JUGUETE.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos